



AMERICA LATINA, 500 AÑOS

Problemas pendientes

Ignacio de Senillosa
Jon Sobrino

Ignacio de Senillosa

1. Centroamérica a vista de quetzal, Sudamérica a vista de cóndor
2. Marco histórico: 500 años
3. Marco sociopolítico y económico
4. Democratizando la Cooperación
5. Comentarios finales

Jon Sobrino

6. Los pueblos crucificados, actual siervo sufriente de Yahvé

Ignacio de Senillosa es médico; actualmente dirige el departamento de Estudios de la Fundación INTERMÓN.

Jon Sobrino, jesuita, es conocido como uno de los más relevantes exponentes de la Teología de la Liberación. Enseña en la Universidad Centroamericana (UCA) de El Salvador.

1. CENTROAMÉRICA A VISTA DE QUETZAL, SUDAMÉRICA A VISTA DE CONDOR

(Ignacio de Senillosa)

"Es una idea grandiosa pretender formar de todo el mundo nuevo una sola nación con un sólo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo [...] Mas esta unión no nos vendrá con prodigios divinos, sino por efectos sensibles y esfuerzos bien dirigidos" (Simón Bolívar, Carta de Jamaica, 1815)

"Hicimos la revolución contra las dictaduras. Ahora tenemos que hacer la revolución contra la 'democracia', contra la democracia de ellos, su democracia, la falsa democracia, la democracia burgueso-electoral... Lo siento como una profecía: posiblemente estamos comenzando lo que será la década final del imperio" (Pedro Casaldáliga, "Reflexiones de a pie por Centroamérica" Diakonia, Nº 56, diciembre 1990)

Es el quetzal pájaro emblemático de Guatemala y, por extensión, de México, Centroamérica y el Caribe. El cóndor lo es de la América Andina y, por extensión, de América del Sur.

A lo largo de las páginas que siguen intento condensar los elementos esenciales que ayuden a entender la situación actual –y por tanto tratar de anticipar la evolución futura– del continente latinoamericano. Espero que, a pesar de ofrecer una Latinoamérica a vista de pájaro, la diversidad y el detalle no queden demasiado ensombrecidos por la necesaria generalización.

Teniendo en cuenta que la evolución de dichos países vendrá parcialmente condicionada por la actitud política y las estrategias de desarrollo económico y cooperación, tanto privada como pública, de los países que llamamos del Norte y fundamentalmente de los EE.UU., Europa y Japón, este documento pretende destacar las relaciones de interdependencia entre ambos conjuntos geopolíticos.

Al escribir este trabajo he intentado tener presente la siguiente advertencia:

Una alternativa popular [de desarrollo] y la agenda para formularla sólo pueden brotar de la experiencia popular. Nunca saldrá una alternativa popular de los ministerios gubernamentales ni de los centros de investigación, por progresistas que sean. Es un problema de praxis histórica y no de esquemas intelectuales meramente teóricos. (Desafíos y Agenda para los 90, Envío, No.112, marzo 1991).

2. MARCO HISTÓRICO: 500 AÑOS

Han pasado 500 años: encontronazo y marginación

Cuando, ahora hace 500 años, las naos españolas echaron anclas en la isla de Guanahani, no sólo el Caribe, sino también el continente, estaban poblados por un rico mosaico de comunidades y culturas indígenas. Dichas culturas tenían muy diversos grados de evolución y complejidad social que iban desde grupos cazadores y recolectores, hasta imperios con un alto nivel de conocimientos y una elaborada organización social¹. Es evidente que el encontronazo entre los pueblos autóctonos y los españoles truncó de la noche a la mañana la posibilidad de evolución de dichas culturas precoloniales, al tiempo que se les imponía un modelo social, político y económico basado en valores y tradiciones que les eran completamente extrañas. Un modelo medieval que, dicho sea de paso, estaba a punto de periclitar en una España a las puertas del Renacimiento y la Era Moderna.

Decir –quizás con justicia– que el régimen colonial español fue menos depredador que el inglés, el francés o el holandés, sólo constituye un magro consuelo para los descendientes de aquellos que originariamente lo padecieron. De igual manera, tampoco se hace justicia a la historia si se idealiza a unos imperios que como el maya, el azteca o el inca, basaron su poder en la dominación de otros pueblos del área (si bien es cierto que el sistema organizativo de estos últimos estaba más basado en la corresponsabilidad y el intercambio, que en la explotación del hombre y la expoliación de sus recursos).

Por último, no podemos tampoco pasar por alto que una buena parte de la plata que se expolió en Guanahato, Zacatecas o Potosí, fue a parar a manos de banqueros, no sólo españoles, sino principalmente alemanes, genoveses y flamencos. Tal como afirma e ilustra ampliamente Eduardo Galeano en *Las venas abiertas de América Latina*: "América era un negocio europeo".

Intercambio e imposición

Dicho lo que antecede, vale la pena enumerar algunos de los resultados de ese, a menudo, violento descubrimiento mutuo. A nuestro entender, las principales consecuencias fueron sin duda la desarticulación parcial del tejido social autóctono y la expoliación sistemática de las riquezas latinoamericanas a un coste humano elevadísimo, no sólo por el exterminio generalizado de las poblaciones indígenas en las minas y encomiendas, sino también por el importante flujo de esclavos traído del continente africano para suplir la mermante mano de obra indígena.

Otra consecuencia de la conquista española que, tal como veremos más adelante, iba a tener dramáticas repercusiones en el desarrollo posterior de las economías del continente, fue la imposición de modelos tales como el sistema latifundista de tenencia de tierra, o el sistema comercial exportador de materias primas e importador de manufacturas y servicios.

Por último, otros resultados de signo diverso pero importantísimos del encontronazo de las culturas autóctonas y la europea fueron:

- * la introducción de nuevos cultivos americanos en Europa como la patata, el maíz o el tomate, entre otros.
- * los aportes agropecuarios y tecnológicos europeos a América como el trigo, el caballo, la rueda o la metalurgia del hierro.
- * la introducción de la lengua y la cultura castellanas.
- * el acceso de la cultura europea al conocimiento de las filosofías, lenguas y cosmovisiones americanas.
- * la evangelización, aunque también tuvo repercusiones muy positivas, a menudo fue

impuesta violentamente y como consecuencia fue sólo superficial, dando lugar a un gran número de prácticas sincréticas.

* un mestizaje que, hoy por hoy, constituye una de las claves para entender la cultura y las relaciones sociales en Latinoamérica².

Indígenas en América: paso obligado entre el ayer y el presente

Se calcula que cuando Colón arribó al continente, la población autóctona era de unos 70 millones de habitantes (las cifras sin embargo oscilan entre 7,5 y 100 millones). La mayoría de esta población se concentraba en las zonas montañosas de centro y sudamérica. Alrededor de 1650, esta numerosa población se había reducido drásticamente pues, como consecuencia de la guerra, las enfermedades contagiosas y los trabajos forzados, se estima que sólo sobrevivía un 20% de la población inicial.

Numerosas comunidades indígenas conservan en la actualidad su lengua, cosmogonía y valores tradicionales. No en balde el lema de la contracelebración indígena del Quinto Centenario es 500 Años de resistencia indígena y popular. El papel que dichas comunidades indígenas jueguen en la construcción política y social de países como Bolivia, Perú, Ecuador o Guatemala es un decisivo elemento a tener en cuenta en la evolución futura de dichos países en particular mas también del continente en su conjunto (el intelectual peruano Mariátegui la denominó "la cuestión pendiente"). Algunos datos bastarán para evidenciar su importancia numérica y por ende su diversidad cultural en el momento presente³:

* hay en el continente unas 410 etnias aborígenes con un total aproximado de 50 millones de indígenas.

* en los EE.UU. hay aproximadamente 1,5 mill. de indios pertenecientes a diferentes tribus y clanes.

* en Centroamérica hay entre 3 y 5,6 millones de indígenas pertenecientes a numerosas etnias de origen maya (principalmente en Guatemala, pero también en México y Belize).

* en México hay unos 5,7 millones de indígenas (8,5% de la población).

* en Sudamérica hay más de 100 etnias con un total de 20,5 millones de amerindios y constituyen más del 50% de la población de Bolivia y Perú.

Trata de esclavos: la "negritud" de Latinoamérica

Se calcula que la trata de esclavos arrancó de Africa unos 20 millones de personas, de los cuales más de la mitad murieron en la singladura transoceánica. De los 10 millones de africanos que se estima llegaron a América entre 1492 y 1870, el 63% lo hizo entre 1701 y 1810. De este flujo, y por orden de importancia, un 31% fué al Brasil, 23% al Caribe británico, 22% al Caribe francés, un 9% a la América española, y un 6% a la Norteamérica inglesa. Al final de la época colonial habían unos 2,3 millones de negros en toda América⁴.

En la América colonial los negros ocupaban el último peldaño de la escala social, un peldaño que hoy en día comparten con la población indígena. En la actualidad la comunidad afroamericana y su cultura tienen un gran peso en Brasil, EE.UU., Cuba y, muy especialmente, en Haití, Jamaica y Trinidad y Tobago.

Hablaba Léopold Sedar Senghor de la negritud como un concepto que engloba la gran diversidad étnica y, sin embargo, la armonía y riqueza de los valores culturales de la raza negra. En ese mismo sentido se emplea aquí para resaltar la importante aportación cultural de este colectivo de latinoamericanos que tan ligado está a los dramáticos orígenes de la Latinoamérica

mestiza de nuestros días.

3. MARCO SOCIOPOLÍTICO Y ECONÓMICO

Democratizar: desarrollo es democracia

Ya sea por ineptitud, o presionados desde dentro y fuera de sus respectivos países, las dictaduras militares que gobernaron despóticamente el continente latinoamericano en las tres últimas décadas, han tenido que ir pasando el testigo a gobiernos civiles y volver a los cuarteles (desde donde algunos aún tutelan el buen hacer de los políticos con veladas amenazas y esporádico ruido de sables). Sin embargo, estos gobiernos civiles con frecuencia no son representativos de los valores e inquietudes de las mayorías populares. A menudo son democracias cosméticamente parlamentarias en las que los grupos de poder hegemónico continúan asegurándose el control político y económico nacional.

José Ignacio da Silva "Lula", candidato a la Presidencia del Brasil y líder del Partido de los Trabajadores, afirmaba recientemente⁵: "En América Latina gobernantes elegidos con un discurso progresista, a la hora de administrar el país, lo hacen con una práctica conservadora" para añadir a renglón seguido: "Normalmente, quien gobierna no es quien vence las elecciones".

Efectivamente, a la sombra –o la luz, según se entienda– de los intereses de las oligarquías nacionales –e internacionales– encontramos en Latinoamérica distintos tipos de democracias: continuistas con la dictadura que los antecedió (Rodríguez en Paraguay), democracias descaradamente represivas (Serrano de Guatemala, Cristiani de El Salvador), populistas (Fujimori en Perú, Collor de Mello en Brasil, Menem en Argentina), o modernizadoras de libre mercado (Salinas de Gortari en México, Aldwin en Chile, Chamorro en Nicaragua).

Sin embargo, en algunos países latinoamericanos, los partidos progresistas, esto es, aquellos que priorizan la consecución plena de los derechos humanos y, por tanto, la redistribución democrática de la riqueza y el poder a nivel nacional, han llegado a gobernar sus países o son susceptibles de recibir mayoritario soporte electoral en futuros comicios⁶.

Por otra parte, tal como arguye con respecto a la cooperación un documento de trabajo de la Coordinadora Regional de Investigaciones Económicas y Sociales (CRIES) de Managua⁷, el Norte tampoco puede vanagloriarse de gozar de un sistema democrático ejemplar (¿acaso no podríamos aplicarnos las palabras de da Silva que anteceden?). Con respecto a la cooperación al desarrollo de Europa con Centroamérica, dicho documento afirma: "La cooperación debe ser para el Norte un arma democratizadora de sus propios sistemas políticos". Lo cual implica que, tanto las sociedades del Norte como las de Sur compartimos el aprendizaje de un proceso democratizador inacabado. Ese esfuerzo democratizador que nos corresponde hacer en nuestras propias sociedades viene expresado con crudeza por el periodista argentino Gabetta⁶ cuando afirma que "la socialdemocracia europea ha reemplazado, por pragmatismo o defección ideológica [...] su proyecto de desarrollo e igualdad planetaria por un discurso democrático universal cada día más vacío de contenido".

Militarismo, violencia y derechos humanos: democracia es desarme

En un momento en que no pocos grupos guerrilleros latinoamericanos se sientan en la mesa de negociaciones (El Salvador y Guatemala) o incluso deponen las armas (Colombia), las violencias paramilitar y mafiosa aún continúan causando cuantiosas pérdidas en vidas humanas y daños materiales.

Los gastos eufemísticamente llamados de defensa absorben un elevado porcentaje de los presupuestos nacionales latinoamericanos en detrimento de los gastos en materia educativa, de

salud, bienestar social, etc. Veamos algunos ejemplos en el cuadro siguiente⁸ (datos de 1989 para todos los países):

Si bien el respeto por los derechos humanos en el área latinoamericana ha mejorado sensiblemente desde el tiempo de las dictaduras militares, el balance, especialmente en Centroamérica, es aún preocupante y urge un proceso de desmilitarización y desarme generalizado. Por último, nos parece inexcusable que los países del Norte exportadores de dicho armamento (EE.UU., URSS, Francia, Gran Bretaña, España, etc.) sigan considerando la concesión de créditos para la importación de armamento (o la donación del mismo) como cooperación internacional.

El Narcotráfico: haciendo balas con la arcilla ancestral

La hoja de coca, que durante siglos formó –y aún forma– parte de la cultura andina de supervivencia y acomodación al medio, se ha convertido en un eficaz medio –la cocaína– de alineación y destrucción personal para quien la consume, y de corrupción y destrucción social para el país que la cultiva y transforma.

Efectivamente, los narcotraficantes han ido tejiendo una tupida red de alianzas a nivel político, militar, financiero y judicial que van provocando la desestructuración social y atentando de manera gravísima contra el delicado proceso de construcción democrática.

Como resultado los países productores de coca –fundamentalmente Bolivia, Perú y Colombia– "gozan" de una boyante economía narco-exportadora que beneficia –y a menudo corrompe– a amplios sectores de la población (un dirigente sindical boliviano hablaba de un total de 500 mil puestos de trabajo relacionados con el cultivo y procesamiento de la coca).

Y sin embargo: ¿Es la demanda (del Norte) o la oferta (del Sur) la responsable de esta grave situación? ¿Quién se embolsa una mayor parte del beneficio económico en el proceso de intermediazgo y comercialización de la cocaína? ¿Quién acarrea con el mayor coste social y político? Por una parte, mientras que el productor de coca recibe lo que para él es, sin serlo, un buen pago⁹, los intermediarios compradores y los exportadores se llevan un alto porcentaje del precio final de exportación. Un precio que se verá quintuplicado o decuplicado en las calles de San Francisco, Frankfurt o Barcelona.

Responder a las preguntas que acabamos de plantear con honestidad y actuar en consecuencia, permitirá evitar gran parte de la cínica represión promovida desde los gobiernos del Norte –con el beneplácito de los del Sur– en tierras andinas y, por supuesto, reducir el número de adictos tanto en el Norte como en el Sur. De nuevo nos hallamos ante un caso en el que la debatida interdependencia entre Norte y Sur se hace evidente.

Distribución interna de la riqueza en América Latina

La distribución interna de la riqueza (y de los ingresos que ésta genera), pero sobre todo su evolución a lo largo de los últimos decenios, es uno de los índices económicos más útiles para valorar el grado de equidad social de un país o región. Precisamente Latinoamérica es el continente que registra los contrastes más extremos de riqueza y poder.

Una buena muestra de la polarización social latinoamericana es el desigual reparto en la propiedad de la tierra cultivable, ya que en numerosos países nos encontramos con extensos latifundios, al tiempo que un elevado tanto por ciento del campesinado carece de tierra, teniendo que trabajar para terceros en penosas condiciones, o viéndose obligado a cultivar terrenos marginales de escasa productividad. Sólo cinco países latinoamericanos han llevado a cabo

reformas agrarias en la que se ha producido una significativa expropiación y redistribución de la propiedad rural¹⁰: Bolivia (1953-70), Guatemala (1952-54), Cuba (1959-63), Chile (1967-73) y Nicaragua (1979).

Si tomamos ahora como muestra la distribución del ingreso nacional por persona nos hallamos de nuevo con una polarización extrema (una polarización que, aunque menos marcada, también se da de manera creciente en los países del Norte). Veamos algunos ejemplos en el cuadro siguiente⁸:

Estos datos ponen en evidencia la concentración de la riqueza y el ingreso nacional en un número reducido de manos. Esta acumulación se hace aún más manifiesta en las siguientes cifras: en 1988 el 1% de los peruanos percibió casi la mitad del total del ingreso nacional y esto significa que aproximadamente 200 mil individuos (50 mil familias) se apropian de cerca de 7 mil millones de dólares anuales; en México, 37 empresarios, cabezas de los grandes grupos financieros y económicos, reúnen más del 20% del producto interno del país¹¹.

Sin embargo, lo que es realmente preocupante es que esta brecha se ha ido ensanchando con el paso de los años. Así, en Brasil entre 1960 y 1976, el 40% más pobre de la población vio cómo su participación en el ingreso nacional disminuía de un 10% a un 8%, mientras que el 5% más rico lo veía aumentar de un 35 a un 39% (el Banco Mundial estima que existe una diferencia de 16 años entre la esperanza de vida en los estados del noroeste del Brasil y el resto del país). Cuba ha sido el único país latinoamericano que ha realizado un auténtico esfuerzo para corregir esta extrema desigualdad (de 1953 a 1973 el 20% más pobre pasó del 2,1 al 7,9%, mientras el 20% de mayores ingresos pasaba de un 60 a un 34,9%)¹⁰.

Migración rural: del olvido (del campo) al desarraigo (en la ciudad)

El importante flujo migratorio que en las últimas décadas se ha producido desde zonas rurales hacia las ciudades latinoamericanas, se ha debido en gran parte al deterioro de las condiciones de vida de la población rural (sobre todo relativo a las de las zonas urbanas). Este deterioro es fruto, no sólo de una política claramente favorecedora de la industrialización y de las inversiones en las áreas urbanas, sino también de la prioridad que han recibido los agrocultivos para la exportación (cultivos intensivos que tienden a producir concentración de tierras y el descuido de los cultivos tradicionales de alimentos).

Como resultado, las inversiones no rentables destinadas a favorecer el cultivo de productos básicos, a la mejora de infraestructuras, a gastos sociales, etc., en zonas rurales han sido de escasa cuantía. De igual manera, también han sido reiteradamente postergadas: políticas que facilitan el acceso al crédito rural a los pequeños productores, el asesoramiento técnico apropiado, la reforma agraria, la comercialización ventajosa de sus productos, etc.

Uno de los aspectos más dramáticos de la migración rural es que suelen migrar a la ciudad los jóvenes y los que están mejor formados, aquellos que más probabilidades tienen de hacerse un hueco en la economía formal o, con mayor frecuencia, en la economía informal urbana. En contra de lo que se cree, y a diferencia de lo que sucede en el resto del Tercer Mundo, tanto en Latinoamérica como en algunas zonas del sudeste asiático el número de mujeres que emigra a la ciudad es superior al de hombres (109 mujeres por cada 100 hombres entre 1965 y 1975). Este predominio femenino no se da sin embargo en las emigraciones internacionales).

Por último vale la pena apuntar que la decisión de emigrar es una decisión racional, meditada durante largo tiempo y basada en informaciones de parientes o paisanos que han

emigrado previamente. A menudo el inmigrante ya ha visitado la ciudad de destino con anterioridad y no siempre la migración es permanente sino por períodos cortos o estacional.

Crecimiento urbano: estrategias de solidaridad y economía informal

Según el Banco Interamericano de Desarrollo, en 1989 residían en ciudades más del 70% de la población de Uruguay (88%), Chile (84%), Argentina (81%), Venezuela (79%), Brasil (74%), Colombia (72%) y México (71%). Según la misma fuente, entre 1981 y 1989, la tasa de crecimiento de la población urbana fue del 3,1% (para el mismo período, la tasa de crecimiento de la población rural fue del 0,5%). En la actualidad, unos 316 millones de personas, aproximadamente 3 de cada 4 latinoamericanos, viven en zonas urbanas, mientras que en 1960 sólo era uno de cada dos.

En todos los países el mayor crecimiento poblacional se produce principalmente en una ciudad, que casi siempre es la capital. Es interesante anotar que, si bien el flujo migratorio rural hacia las ciudades no se ha detenido, en la actualidad el crecimiento urbano se produce más por el incremento natural de la población, que por dicho flujo.

En las ciudades se manifiestan con extremo dramatismo las diferencias sociales a las que ya hemos hecho referencia anteriormente. Así, no lejos de armoniosas urbanizaciones de gran lujo, se agolpan miserables zonas marginales de crecimiento desordenado¹².

Las inversiones urbanas en zonas populares han sido de muy reducida cuantía en comparación con las efectuadas en zonas comerciales, industriales o residenciales de alto nivel. De esta desatención pública han nacido mecanismos de auto-ayuda y supervivencia que van desde la conexión ilegal al tendido eléctrico y las conducciones de agua corriente, a las agrupaciones que con carácter cooperativo colaboran en la construcción de viviendas, o la puesta en marcha de servicios de transporte, salud o educación (a menudo con la colaboración de organizaciones no gubernamentales de desarrollo locales). A pesar de estos esfuerzos de los pobladores, las condiciones de vida en estas zonas marginales, aunque mejores en muchos casos que las existentes en zonas rurales, son con frecuencia extremadamente penosas: ubicación junto a vertederos o en zonas insalubres, carencia de agua corriente potable y de servicios higiénicos básicos, lejanía de los centros de trabajo, periódica expulsión violenta de terrenos ocupados, presencia de redes delictivas, etc.

Por último, la economía informal juega un papel sin duda importante que posibilita la supervivencia, ya que se estima que ofrece trabajo remunerado a un 35% de la población activa latinoamericana. Sin embargo, esta economía al margen de la legalidad implica a menudo un sinnúmero de arbitrariedades y abusos que no pueden ser sancionados legalmente (jornadas laborales largísimas, condiciones de trabajo insalubres, precariedad laboral, jornales reducidos). Tales abusos parecen condicionar la viabilidad futura de dicho sistema económico del que se beneficia tanto la economía formal como las propias arcas del estado.

Religión y Desarrollo: teología de la liberación

La teología de la liberación, enraizada en una multitud de experiencias de grupos cristianos de base y que alcanzó su mayoría de edad hace algo más de veinte años en la Conferencia Episcopal de Medellín (1968), ha aportado elementos importantísimos a la conciencia crítica de los latinoamericanos y, por tanto, al actual proceso de democratización. La teología de la liberación pone al desposeído, al oprimido, en el centro de cualquier esfuerzo humano encaminado a construir un mundo más solidario. Ya Bartolomé de Las Casas en pleno

siglo XVI, refiriéndose a la penosa situación en la que se encontraba la población autóctona, afirmaba: "Ha de saberse claramente con la fe que donde está el pobre está el mismo Jesucristo, donde está Dios está la justicia".

La teología de la liberación toma partido y, asumiendo la realidad, inspira acciones personales y comunitarias que se perciben necesarias para cambiarla (acciones que suponen con frecuencia la insumisión y el enfrentamiento con aquellos que se benefician del status quo). Es imposible no recordar aquí cómo Ignacio Ellacuría expresaba este compromiso: "Para llegar a hacerse cargo de lo que es la realidad, hay que encargarse de la realidad, aunque a menudo esto comporte tener que cargar la realidad"¹³.

Una de las consecuencias de ese compromiso de fe con el pobre –y a partir del sentir y querer del pobre– ha sido la represión que han sufrido y sufren un número muy importante de cristianos anónimos (y no pocos ilustres también). Muchos de ellos han sido "asesinado[s] por ayudar al pueblo" (según reza la inscripción de la lápida de Luis Espinal en La Paz). Entre los mártires ilustres, Monseñor Oscar Arnulfo Romero –asesinado en su patria El Salvador como el mismo Ellacuría– despunta por su denuncia profética. Un año antes de su muerte en 1980 clamaba: "Lo que tienes lo has robado al pueblo que perece en la miseria". Monseñor Romero dejó patente cómo el compromiso de la jerarquía católica con los oprimidos –denunciando al mismo tiempo a los opresores y anunciando un mensaje de esperanza– y con la iglesia de base, puede tener un potencial renovador de extraordinaria fuerza.

Religión y Subdesarrollo: las sectas

Existen numerosos sistemas de acallar las críticas o controlar a "los disconformes", distintas de la represión dura y pura que ha caracterizado a no pocos gobiernos latinoamericanos. Uno de estos sistemas es la manipulación ideológica de la profunda religiosidad del pueblo.

Sin entrar en el tema de quién financia a las sectas, ni a quién le interesa que éstas proliferen, es importante alertar sobre el tremendo poder desmovilizador que éstas tienen en la población. Un reciente estudio encargado por la secretaría del episcopado latinoamericano subrayaba, entre otros, los siguientes hallazgos: las sectas ya están consolidadas en Centroamérica, tienen una infraestructura estable y un nivel elevado de participación de sus miembros en los servicios religiosos; las sectas que registran un crecimiento más rápido son aquellas que basan sus servicios en cánticos y la práctica de carismas (don de lenguas, trances, expulsión de demonios)¹⁴.

Casaldáliga¹⁵ asevera con profunda preocupación: "Hay muchos tipos de contra: militar, política, ideológica... y hasta religiosa: las sectas forman parte de esta última contra. Otras contras hacen mártires. La contra de las sectas crea estúpidos, alienados. Las sectas matan el alma del pueblo"

Comercio internacional: intercambio desigual y dependencia

Hasta 1929 (año en que se produjo el gran "crash" de la bolsa de Nueva York), el crecimiento económico de Latinoamérica estaba ligado casi por completo a la cotización internacional de sus materias primas de exportación. A partir de esa fecha, y sobre todo una vez finalizada la segunda guerra mundial (1945), muchos países iniciaron estrategias de desarrollo industrial de sustitución de importaciones (principalmente Argentina, Chile y Uruguay). Como resultado de estas estrategias, los países latinoamericanos más importantes consiguieron ser autosuficientes en bienes de consumo. Sin embargo, este crecimiento industrial estuvo ligado a fuertes inversiones extranjeras, al tiempo que era dependiente de la importación de tecnología y

componentes intermedios norteamericanos, franceses o alemanes. Esta dependencia iba a limitar la efectividad de la estrategia en los años siguientes.

A principios de los 60, bajo la influencia del rápido crecimiento económico de los "cuatro dragones" del sudeste asiático (Corea, Hong Kong, Singapur y Taiwan), la industrialización se orientó hacia la exportación (principalmente México y Brasil). Esta nueva estrategia ha conllevado a menudo el que los países latinoamericanos se hayan limitado a aportar la mano de obra –barata en comparación con la de los países del Norte– en el ensamblaje o manipulación de componentes de los productos a exportar a los mercados de EE.UU., Europa o Japón por las empresas transnacionales. Esta situación ha creado islotes de prosperidad pero, al igual de lo sucedió en las estrategias de sustitución de importaciones, no ha beneficiado a la mayoría de la población, que ha visto cómo un porcentaje muy elevado de las políticas e inversiones estatales iban dirigidas a la expansión industrial en detrimento del desarrollo rural. Como ya hemos apuntado, el importantísimo crecimiento de las áreas urbanas en Latinoamérica es en gran parte consecuencia de esta predilección oficial.

En la actualidad, las materias primas siguen siendo la primera exportación de Latinoamérica. En 1988, para el conjunto de los países de Latinoamérica y el Caribe, las materias primas representaron el 64% de las exportaciones y sólo el 36% las manufacturas. Los ingresos por exportación de muchos países dependen en gran parte de una o dos materias primas (1985)¹⁰: el petróleo representa el 84,3% de las exportaciones de Venezuela, y el 62,8% del Ecuador; el café representa el 66,9% para El Salvador, y el 50,2 para Colombia; el cobre representa el 46,1% para Chile; el gas natural representa el 59,8% para Bolivia.

Teniendo en cuenta, por una parte, la importancia de las materias primas en el conjunto de las exportaciones de los países latinoamericanos y, por otra, el deterioro de los términos de intercambio comercial, esto es, la depreciación de las materias primas (que los países latinoamericanos exportan) relativa al precio de las manufacturas (que deben importar), se entenderá la situación de dependencia del área respecto a los países industrializados y las catastróficas consecuencias de esta competencia forzada entre países que exportan las mismas materias primas –competencia que abarata aún más los precios de dichas materias– para poder costear sus importaciones.

Si bien es indudable que el crecimiento económico que se produjo en Latinoamérica hasta 1980, provocó un cierto efecto rebalse gracias al cual mejoraron, entre otros, los índices educativos y sanitarios (aumento de la esperanza de vida, disminución de la mortalidad materno-infantil, niveles de alfabetización y escolarización, etc.) existen indicios de que en no pocas partes del continente (y del Tercer Mundo en general), estos índices pueden sufrir un dramático retroceso en los próximos años.

Deuda externa, programas de ajuste estructural y fuga de capitales

La recesión mundial que siguió a la subida del precio del petróleo en 1973, más la posibilidad de pedir crédito, ya que habían abundantes "petrodólares" en el mercado financiero procedentes de los países exportadores de petróleo del Oriente Medio, a tipos de interés realmente bajos (a menudo inferiores a la inflación del país acreedor), hizo que numerosos países latinoamericanos se endeudaran considerablemente para corregir déficits en sus balanzas de pago o financiar su expansión económica e industrial. Tras la segunda gran subida de 1979 y una nueva recesión de la economía mundial, los tipos de interés se hicieron variables para reflejar la inflación de los países acreedores. Inmediatamente los países con deudas más abultadas (principalmente Brasil y México) comenzaron a pasar serias dificultades para hacer frente a los pagos de deuda. En 1990 la deuda externa de los países latinoamericanos ascendía a 423 mil

millones de dólares (aproximadamente el 50% del PNB de la región y 300% de las exportaciones anuales), con una deuda per capita de más de mil dólares. Brasil, México y Argentina responden por aproximadamente el 70% del total adeudado.

¿Cómo se utilizó la deuda contraída? Cualquier simplificación de un cariz u otro sería falsa. Sin embargo, podemos afirmar con Luís de Sebastián¹⁶ que "los préstamos no se utilizaron en financiar reformas estructurales profundas que beneficiaran a las mayorías pobres de los países latinoamericanos, que son las que ahora llevan el peso mayor en el pago [...] Se beneficiaron principalmente los que siempre se han beneficiado de la creación de la riqueza en sociedades oligárquicas, porque poseen los instrumentos de apropiación de la riqueza que se produce en sus países".

Ante la crítica situación actual, las instituciones financieras multilaterales (Banco Mundial y Fondo Monetario Internacional, entre otras) han impuesto los programas de ajuste estructural a aquellos países deudores que deseen recibir nuevos créditos. Si bien dichos programas pueden tener –al menos a corto plazo– efectos macroeconómicos beneficiosos (mayor control del gasto público ineficiente, control de la tasa de inflación, etc.) la congelación de los salarios reales y los recortes en gastos sociales públicos (educación, sanidad, subsidios a productos de primera necesidad, etc.) que ellos suponen, están teniendo un dramático impacto en la población de menores recursos. Estos programas no han demostrado en ningún caso que el control del gasto público, la privatización masiva de las empresas públicas, el incremento de las exportaciones (materias primas), el control cambiario y demás medidas hayan hecho posible el crecimiento económico ni, mucho menos, una más justa redistribución de la riqueza.

Desde hace nueve años Latinoamérica es un exportador neto de recursos financieros al exterior. La transferencia neta de capitales desde Latinoamérica a los países del Norte en 1990 fue de unos 20.000 millones de dólares. En su mayor parte estos recursos fueron reembolsados o invertidos legal o ilegalmente (fuga de divisas) en bancos de EE.UU., Suiza, etc. Esta descapitalización, más la disminución de los flujos crediticios hacia los países latinoamericanos, hacen muy difícil cualquier estrategia sostenible de desarrollo (estrategias que en cualquier caso deberían ser diferentes a las actuales, según se indica en diversos apartados de este documento).

4. DEMOCRATIZANDO LA COOPERACIÓN

Los EE.UU.: un vecino incómodo y prepotente

Uno de los mayores impedimentos para el desarrollo democrático de las sociedades latinoamericanas es la injerencia del "vecino del norte" en sus asuntos internos, una injerencia que con frecuencia cuenta con el beneplácito de los gobiernos implicados. Este hecho ha sido repetidamente denunciado por líderes latinoamericanos de muy distinto signo y existen numerosas evidencias que lo corroboran, muy especialmente en Centroamérica¹⁷. Ejemplos extremos de esta injerencia los hemos tenido en la historia reciente de países como Chile (1973), Granada (1983) y Panamá (1989).

Y sin embargo, los EE.UU. podrían asumir un importantísimo papel en la pacificación y el desarrollo de Latinoamérica si los grupos transnacionales con intereses económicos y comerciales en Latinoamérica no tuvieran la enorme influencia que tienen en la administración norteamericana. El tratado de libre comercio con México (al que probablemente se sumará Canadá), enmarcado en el plan más amplio de la Iniciativa para las Américas, que su proponente el presidente Bush califica de importante cooperación con los países del continente, parece tender a consolidar aún más el injusto status quo actual.

No pocos grupos civiles norteamericanos están trabajando por la democratización de las relaciones entre EE.UU. y América Latina desde hace años¹⁸. Se estima que en EE.UU. existen unas 700 organizaciones no gubernamentales de cooperación y mediación por el Tercer Mundo, muchas de las cuales tienen vínculos con Latinoamérica. Algunas de ellas no sólo financian programas de desarrollo, sino que se muestran muy activas en la sensibilización de la opinión pública norteamericana respecto a los problemas de los países pobres y realizan campañas de presión política para impulsar (o frenar) políticas que favorezcan (o perjudiquen) a dichos países.

Europa (¡y España!): ¿fortaleza o puente?

Una expresión que pasa de boca en boca en esta fase final de constitución del Mercado Unico es la de que los europeos debemos esforzarnos en la construcción de una "Europa de los Ciudadanos". A esta expresión –que a menudo no es más que vana retórica europeísta– con justicia se le ha contrapuesto otra –más próxima a los contenidos del Acta Unica– como es la de "Europa de los Mercaderes".

Los latinoamericanos buscan diversificar y ahondar sus relaciones internacionales. Creemos que Europa (la comunitaria y la extracomunitaria) debería tener un papel más activo en América Latina evitando abstenerse de intervenir democráticamente en el área. El riesgo de división del mundo en áreas de influencia política y comercial bajo la hegemonía de EE.UU., Japón y la Comunidad Europea, hace que esta involucración europea en América Latina sea vital. En la medida de sus posibilidades, España y Portugal deben hacer que la Comunidad Europea incremente (democratizando primero) la actual cooperación con Latinoamérica. Ya no se trata sólo de responsabilidad histórica sino de contribuir a la construcción de unas relaciones internacionales no expoliativas que beneficien a la mayoría de la población.

Independiente de lo que hagan sus dos inmediatos competidores, Japón y los EE.UU., la Europa que se vaya definiendo a partir de 1993 debe ser una comunidad de naciones abierta al Sur. Y el Sur no sólo es el Maghreb (con su "amenazante" flujo migratorio) sino todos los países del llamado Tercer Mundo. Así mismo, la cooperación con los países del Este no ha de hacerse en detrimento de aquellas regiones del planeta incomparablemente más pobres.

Por último es necesario dejar claro nuestra persuasión de que la auténtica cooperación –la solidaria– pasa necesariamente por compartir lo que uno tiene (y el beneficio que esta posesión produce) sin más contrapartida que el bienestar del otro. Dicho de una manera simplista, el intercambio debe favorecer mucho menos al rico que al pobre. En caso contrario, tal como ha venido sucediendo en los últimos cinco siglos la brecha entre el primero y el segundo seguirá ensanchándose inexorablemente.

Descentralización hacia abajo. Integración hacia arriba

Hemos indicado la importancia de dar protagonismo político efectivo a los grupos sociales que constituyen la sociedad civil latinoamericana. Ahora argumentaríamos lo mismo en favor de las entidades administrativas locales como son los municipios. Este último proceso, denominado descentralización, no está exento de riesgos¹⁹ como el acaparamiento por parte de las élites locales de este poder traspasado por el gobierno central, o el proceso por el cual la descentralización se reduce al traspaso de la carga administrativa sin cesión alguna de poder o capacidad de decisión política o económica (se delegan funciones, no responsabilidades), o incluso pretender el gobierno el asegurarse un control político-militar territorial más extenso.

Idealmente, sin embargo, esta descentralización sitúa el poder más cerca de los ciudadanos afectados por las decisiones políticas y, potencialmente, los mueve a participar en las distintas fases del proceso político pero, sobre todo, hace posible la inclusión de sus prioridades en la agenda política.

Por otra parte es conveniente que se produzca una integración a nivel supranacional, tanto entre organizaciones y grupos afines de la sociedad civil que promuevan alternativas socioeconómicas equitativas (redes, coordinadoras, etc.), como de los propios gobiernos en busca de una mayor autonomía productiva (principalmente productos de primera necesidad para el consumo interior). Esta integración tendría la virtud de fortalecer los mercados regionales entre naciones y, como consecuencia, debilitaría los vínculos de dependencia con respecto a los países del Norte.

Sin embargo las experiencias que hasta ahora iniciaron su andadura con grandes ilusiones (Organización de Estados Americanos, Mercado Centroamericano, Pacto Andino, etc.) han fracasado o languidecen pues nacieron como estructuras regionales al servicio de los intereses de los países del Norte, y los representantes nacionales en dichos foros a menudo sólo son portavoces de los intereses de la minoría en el poder. Sin embargo esta vía de cooperación-integración Sur-Sur podría representar una vía abierta a una cooperación más solidaria si las circunstancias futuras en la región lo hicieran factible.

El concepto de Desarrollo. (¿Mercado vs. Estado?)

Si analizamos la experiencia de progresiva exclusión social y de deterioro del medio ambiente vivida por nuestras sociedades capitalistas, el concepto "desarrollo" ya no debería entenderse nunca más como crecimiento económico a cualquier coste social y ecológico. El nuevo modelo de desarrollo –actualmente sólo esbozado en determinadas políticas oficiales y en determinadas experiencias populares– deberá ser evaluado por indicadores económicos, sociales, medioambientales y políticos que determinen hasta qué punto las estrategias locales, regionales y nacionales establecidas, están haciendo posible una sociedad más participativa y con niveles de vida más dignos para el conjunto de la población (especialmente para aquellos sectores y grupos sociales tradicionalmente relegados por las estrategias de crecimiento económico a ultranza).

Con el trasfondo de un debate entre aquellos que defienden el neoliberalismo y aquellos que abogan por un papel importante de control del mercado para el estado (que nada tendría que

ver con la planificación férreamente planificada que distinguía a algunos países de la Europa del Este). Los primeros entienden que el mercado debe ser la libre expresión de la iniciativa privada en abierta competencia y no mediatizada (o al mínimo) por los poderes públicos. Sin embargo, aquellos que están sufriendo las consecuencias del libre mercado (¡que en no pocas ocasiones conduce al monopolio!) abogan por un sistema en el cual el mercado sea tan libre como sea posible, siempre que beneficie a la mayoría de la población y controle los procesos de acumulación de riqueza (y por lo tanto de poder e influencia política). Nos referimos a un mercado incentivado por el estado democrático –a construir– si redistribuye la riqueza, mas controlado por éste si la concentra en un número decreciente de manos.

Distintos modelos alternativos de desarrollo equitativo ya se están gestando en estos momentos a nivel local en muchos puntos del planeta. Los protagonistas de estas experiencias son grupos de muy diversa índole tanto en el Norte como en el Sur. Estos grupos y comunidades están construyendo "de abajo a arriba" una democracia auténtica y sostenible tanto desde el punto de vista social como ecológico. Es por esto que en este modelo de desarrollo alternativo –llámese de socialismo democrático si se desea– los movimientos sociales (grupos de mujeres, grupos barriales, colectivos de solidaridad, cooperativas, grupos culturales y étnicos, organizaciones sindicales, así como las organizaciones no gubernamentales de desarrollo) deben jugar un papel decisivo.

Es innegable que, en comparación con Africa o incluso Asia, el tejido social en Latinoamérica es extraordinariamente tupido. El futuro del continente –y también nuestro futuro– descansa en gran parte en estos movimientos sociales y en la medida en que el estado los favorezca y estimule o, por el contrario, los desincentive o incluso reprima.

5. COMENTARIOS FINALES

El PIB (Producto Interno Bruto) de Latinoamérica se ha ido contrayendo hasta alcanzar los niveles de 1977. Según el PNUD (Programa para el Desarrollo de las Naciones Unidas), en 1990, 210 millones de latinoamericanos (aproximadamente el 48% de la población total) viven en condiciones de extrema pobreza no pudiendo cubrir sus necesidades básicas. Este desalentador panorama implica, entre otras cosas, una enorme y creciente presión sobre los recursos naturales y el consiguiente deterioro del medio ambiente urbano, rural y tropical.

A estos datos econométricos, que justificarían la popular frase de "década perdida para el desarrollo latinoamericano" (refiriéndose a los años 80), se podrían contraponer los procesos de democratización y de pacificación actualmente en marcha, así como el creciente y convergente proceso organizativo de la sociedad civil.

Efectivamente, diversos sectores de la sociedad civil en los países del Norte y del Sur se han puesto "en pie de paz, en pie de justicia" (recuérdese la respuesta popular en muchos países contra la Guerra del Golfo). Aún aceptando que dichos sectores –diversos y poco coordinados entre sí– son aún minoritarios, hay que dejar claro que su progresión numérica y su maduración ha sido notoria desde los años 60. Grupos ecologistas, feministas, de defensa de los derechos humanos y organizaciones no gubernamentales de cooperación al desarrollo, entre otros, están tejiendo redes de cooperación mutua y de solidaridad cada vez más tupidas.

Estos grupos no configuran un movimiento social quimérico: no pocos entre estos grupos están estudiando con enorme rigor los problemas contemporáneos para ofrecer soluciones viables y justas. Algunos de ellos intervienen activamente en los procesos de decisión política sabedores de que sus propuestas no son bien recibidas y de que tendrán que ejercer presión a distintos niveles para que éstas sean aceptadas. Es bien cierto que ya ha quedado atrás la fase de protesta sin propuesta.

Por otra parte, a la hora de decidir tanto objetivos de desarrollo participativo como estrategias para alcanzarlos, deben tenerse presentes las limitaciones del estado-nación en un contexto de creciente globalización (especialmente financiera y en el terreno tecnológico y de las telecomunicaciones). Esta globalización –que aparece como irreversible– no debe estar reñida con el derecho a la diferencia, con toda la riqueza que esa diferencia representa; con toda la pobreza que la "homogeneización" cultural puede llegar a representar.

Ignacio Ellacuría¹³, en una conferencia pronunciada en Barcelona meses antes de ser asesinado en San Salvador, afirmaba: "Las naciones poderosas de hoy nos dicen que vienen al Tercer Mundo para hacernos `ricos' y para hacernos `demócratas'. Pero estas `generosas proposiciones' ocultan un proyecto político y económico muy diferente". Como ciudadanos de un mundo que se encoge y al encogerse oprime a la mayoría, debemos procurar ensanchar las fronteras de nuestro entendimiento para, en primer lugar, denunciar con valentía las situaciones de injusticia²⁰ y, en segundo, proponer alternativas viables de desarrollo en solidaridad y paz.

La América "Patria Grande" soñada por Bolívar y Martí (una América de fronteras permeables y abierta al mundo) sigue siendo un objetivo vigente para algunos pensadores latinoamericanos y desde luego lo es para muchos grupos civiles y organizaciones de solidaridad y cooperación al desarrollo²¹.

NOTAS

1. Ver Dietrich, H. (1989), "Emancipación e Identidad de América Latina: 1492-1992", en *Nuestra América Contra el V Centenario*, pp.55-72, Bilbao: Txalaparta Editorial.
2. Los términos utilizados en la descripción de los distintos entrecruzamientos entre españoles/criollos (e), indígenas (i) y negros (n) son múltiples. Los más importantes son: mestizos (e con i), mulatos (e con n), zambos (i con n), cuarterones (e con mestizos/as), coyote (i con mestizos/as).
3. La mayoría de los datos han sido sacados de Lingberg, G. (1990), *World Data in Figures*, Uppsala: Uppsala University.
4. Zaragoza, G. (1987), *América Latina - Epoca colonial*, Madrid: Anaya.
5. "La Nueva Europa y el Futuro de América Latina", *Pensamiento Iberoamericano*, p. 241, Vol. Extraordinario, 1991.
6. Entre los partidos progresistas que en el pasado reciente han llegado a gobernar sus países el Frente Popular de Salvador Allende en Chile, el Movimiento New Jewel de Maurice Bishop en Granada, el Frente Sandinista en Nicaragua y, en el presente, el M-19 de Enrique Navarro Wolf en Colombia y, recientemente, el Frente Nacional para el Cambio y la Democracia de Jean-Bertrand Aristide en Haití. Entre los segundos –aquellos que pueden ganar futuros comicios legislativos nacionales– hay que citar al Partido Socialista Chileno, el Frente Amplio Uruguayo (que ya gobierna en Montevideo) e incluso el Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional de El Salvador en caso de que las conversaciones de pacificación actualmente en curso lleguen a buen puerto (Gabetta, C., "La nueva izquierda latinoamericana", *El País*, 10/4/91; Fergusson, J., 1990, *Far from Paradise*, Londres: Latinamerican Bureau).
7. CRIES, "Diez tesis sobre la cooperación al desarrollo: Europa y Centroamérica", *Análisis de Coyuntura*, No.2, enero 1990.
8. World Bank, *World Development Report 1991*, Nueva York: Oxford University Press.
9. Ante la elevada cotización de la hoja de coca, la hipótesis de ofrecer cultivos alternativos igualmente rentables –café, té, achiote, tabaco, etc.–, cae por su propio peso. Así, una hectárea de coca produce 1000 kg. de hojas y rinde al campesino 3000 dólares. Si cultiva café o cacao, el rendimiento sería de 400 kg. por hectárea y ganaría unos 500 dólares (Walston, J. "Retrato de una industria en la cual el veneno es un producto básico", *Ceres*, No.126, noviembre-diciembre 1990).
10. Gilbert, A. (1990), *Latin America*, Londres: Routledge.
11. *Sur*, 6/7/90; Entrevista a Cuauhtémoc Cárdenas, *El País*, 25/4/91 (quien cita un reportaje de Carlos Fdez. Vega publicado en el diario *La Jornada*, 1/4/91)
12. Estas zonas marginales reciben nombres diversos según el país del que se trate. Así, en Perú se denominan "pueblos jóvenes", en Brasil "favelas", en Venezuela "ranchitos", etc.

13. Ellacuría, I. (1990), Quinto Centenario de América Latina (descubrimiento o encubrimiento), Barcelona: Cristianisme i Justícia.
14. "Nueva advertencia sobre las sectas", Informe Latinoamericano, 21/3/91.
15. Casaldáliga, P., "Reflexiones de a pie por Centroamérica" Diakonia, No.56, diciembre 1990.
16. Sebastián, L. de (1987), ¿Pagar o no Pagar? - Deuda del Tercer Mundo y ética cristiana, p.8, Cuadernos "Cristianismo y Justicia", No.18.
17. En su reciente visita a El Salvador, el jefe del Estado Mayor Conjunto de las FF.AA. de EE.UU. y "héroe" de la Guerra del Golfo, general Colin Powell, no descartó una intervención militar de su país en El Salvador "si es necesario para defender la libertad" (El País, 10/4/91). Por otra parte, la Conferencia Episcopal Norteamericana cifraba en 3.000 el número de muertos producidos en la invasión norteamericana del Panamá.
18. El PACCA (Políticas Alternativas para el Caribe y Centroamérica) asociación de académicos y expertos norteamericanos, es una buena muestra de estos grupos. Otros buenos ejemplos lo constituyen el CAWG (Central America Working Group) y el WOLA (Washington Office on Latin America).
19. Rondinelli, Dennis A., "Decentralization, Territorial Power and the State: A Critical Response", Development and Change, Vol.21, pp.491-500, 1990.
20. Aún resuenan con enorme fuerza las palabras proféticas pronunciadas en la isla de La Española (actualmente Santo Domingo) por el dominico Antón Montesinos en 1511 frente a la colonia española: "Decid, ¿con qué derecho y con qué justicia tenéis en tan cruel y horrible servidumbre aquestos indios? [...] ¿Cómo los tenéis tan oprimidos y fatigados, sin dalles de comer ni curallos en sus enfermedades, que de los excesivos trabajos que les dais incurren y se os mueren, y por mejor decir, los matáis, por sacar y adquirir oro cada día?" (Las Casas, B. Historia de las Indias, cap. 4).
21. Este documento con toda seguridad está lleno de lagunas y dichas lagunas, como la de Texcoco junto al Tenochtilan azteca, posiblemente estén llenas de oro. En efecto, numerosos temas han quedado por exponer, al tiempo que otros sólo han sido mencionados de pasada (situación de la mujer y de la infancia en Latinoamérica, deterioro medioambiental, fuga de cerebros, colonización de zonas tropicales, migración internacional, reformas fiscales, etc.). Sin embargo, el afán divulgador de este escrito exigía un dibujo de trazos rápidos que describiera al modelo con destreza pero sin demasiados matices. El lector juzgará si dicho objetivo ha sido alcanzado.

6. LOS PUEBLOS CRUCIFICADOS, ACTUAL SIERVO SUFRIENTE DE YAHVÉ

Jon Sobrino (Publicado en la revista mejicana *Christus*, abril 1991.)

A LA MEMORIA DE IGNACIO DE ELLACURÍA

Ignacio Ellacuría admiraba el conocido libro de J. Moltmann *El Dios crucificado*, pero solía insistir en otra teologización tanto o más urgente: el pueblo crucificado. Y ello no sólo por razones históricas: así está nuestra realidad; sino por razones teológicas: así está la creación de Dios. Hablar de ellos en relación a 1992 es necesario, además, para recordar las causas históricas de estos pueblos crucificados. Y la finalidad de todo este hablar sólo puede consistir en bajarlos de la cruz.

1. Los pueblos crucificados: una aterradora evidencia

Lo evidente es todo menos evidente, solía decir Ellacuría. Y con esa convicción hay que empezar a hablar de los pueblos crucificados. Y es que, cuando lo que es evidente «en otros» –los pueblos crucificados– nos hace evidente lo que en verdad somos «nosotros», tendemos a ignorarlo, encubrirlo o tergiversarlo, porque simplemente nos aterra. Es, pues, comprensible que ignoremos la evidencia de los pueblos crucificados, pero es necesario sospechar al menos –sobre todo en el mundo occidental, que hace alarde de haber sido enseñado por los grandes maestros de la sospecha– que esa Ignorancia no es mera ignorancia, sino voluntad de ignorar o de encubrir. Empecemos, pues, des-cubriendo la en-cubierta realidad de nuestro mundo.

Que la creación le ha salido mal a Dios –en frase provocadora, de nuevo de Ignacio de Ellacuría– es algo que afirman los economistas. La terrible pobreza va en aumento en América Latina. Para finales de siglo se calcula que unos 170 millones de latinoamericanos vivirán en dura pobreza y otros 170 millones en pobreza crítica biológica. Y a esta inhumana pobreza se añaden las víctimas de la represión y de las guerras originadas por aquélla. Sólo en Centroamérica se calculan en 250.000 las víctimas.

Lo han dicho los obispos latinoamericanos. Lo que caracteriza a América Latina es «la miseria que margina a grandes grupos humanos», que «como hecho colectivo es una injusticia que clama al cielo» (Medellín, Justicia, n.1, 1968), «la situación de inhumana pobreza en que viven millones de latinoamericanos» (Puebla n.29, 1979). Y Juan Pablo II lo ha vuelto a repetir en la *Sollicitudo Rei Socialis*, 198.

Con mirada secular o con mirada cristiana –desde el cielo y desde la tierra– todos están de acuerdo en la tragedia. Y esa mirada al presente, que de alguna forma podemos ver y tocar, ayuda a captar lo que ocurrió hace siglos. En el origen de lo que hoy llamamos América Latina existe un pecado original y originante. Por decirlo con un solo dato, unos setenta años después de 1492, la población indígena había quedado reducida a un quince por ciento; muchas de sus culturas fueron destruidas y se les sometió a la muerte antropológica. Fue ésta una debacle descomunal, debida a causas variadas y complejas, sin duda, pero nada de esto quita que se trata en verdad de una descomunal debacle. «Hace tiempo... que siento la desaparición de pueblos enteros como un absurdo misterio de iniquidad histórica que convierte mi fe en abatimiento», dice Casaldáliga.

Existe, pues, una debacle histórica, y algún nombre hay que ponerle. Así lo hace el lenguaje actual y llama a estos pueblos «tercer mundo», «el sur», «países en vías de desarrollo»... De estas formas se quiere decir que algo anda mal, pero este lenguaje no comunica todo lo mal que anda este mundo. Por ello se hace necesario hablar de pueblos crucificados, lenguaje

metafórico, ciertamente, pero que comunica mucho mejor que otros la magnitud histórica de la debacle y su significado para la fe. En cualquier caso, evita mucho mejor el encubrimiento que operan otros lenguajes.

«Pueblos crucificados» es lenguaje útil y necesario al nivel fáctico-real porque «cruz» significa muerte, y muerte es aquello a lo que están sometidos de mil maneras los pueblos latinoamericanos. Es muerte lenta, pero real, causada por la pobreza que generan injustas estructuras —«violencia institucionalizada»—; y, así, «pobres son los que mueren antes de tiempo». Es muerte, rápida y violenta, por causa de represión y guerras, cuando los pobres ponen a aquéllas en peligro. Y es muerte indirecta, pero eficaz cuando a los pueblos se les priva incluso de sus culturas para debilitarles su identidad y hacerlos más indefensos.

Es lenguaje útil y necesario al nivel histórico-ético porque «cruz» expresa un tipo de muerte activamente infligida. Morir crucificado no significa simplemente morir, sino ser dado muerto; significa que hay víctimas y que hay verdugos. Significa que existe un gravísimo pecado. Los pueblos crucificados no caen del cielo —si se siguiera la inercia de la metáfora, más bien habría que decir que surgen del infierno—. Por mucho que se quiera dulcificar el hecho, es verdad que la cruz de los pueblos latinoamericanos les ha sido infligida por los diversos imperios que se han adueñado del continente, españoles y portugueses ayer, Estados Unidos y aliados hoy, bien sea a través de ejércitos o de sistemas económicos, a través de imposición de culturas y de visiones religiosas, en convivencia con los poderosos locales.

Es lenguaje útil y necesario al nivel religioso porque «cruz» —muerte de cruz padeció Jesús y no cualquier muerte— evoca pecado y gracia, condenación y salvación, acción de los hombres y acción de Dios. Desde un punto de vista cristiano, el mismo Dios se hace presente en esas cruces y los pueblos crucificados se convierten en el principal signo de los tiempos. «Este signo (de la presencia de Dios en nuestro mundo) es siempre el pueblo históricamente crucificado».

Existen, pues, pueblos crucificados. Es necesario y urgente ver así a nuestro mundo. Y es bueno llamarlos así porque con este lenguaje se recalca su tragedia histórica y su significado para la fe.

2. El pueblo crucificado como siervo doliente de Yahvé

En América Latina la teologización fundamental consiste en considerar al pueblo crucificado como la actualización de Cristo crucificado, verdadero siervo de Yahvé; de modo que pueblo crucificado y Cristo, siervo de Yahvé, se remitan y se expliquen uno al otro. Así lo han hecho dos mártires salvadoreños, que bien sabían de lo que hablaban. Monseñor Romero dijo a unos campesinos aterrorizados, sobrevivientes de una matanza: «Ustedes son la imagen del divino traspasado». Y en otra homilía dijo que Jesucristo, el liberador, tanto «se identifica con el pueblo, hasta llegar los intérpretes de la Escritura a no saber si el siervo de Yahvé que proclama Isaías es el pueblo sufriente o es Cristo que viene a redimirnos». Lo mismo decía Ellacuría: «Ese pueblo crucificado es la continuación histórica del siervo de Yahvé, al que el pecado del mundo sigue quitándole toda figura humana, al que los poderes de este mundo siguen despojando de todo, le siguen arrebatando hasta la vida, sobre todo la vida».

Esta teologización del pueblo crucificado se ha impuesto en América Latina, mientras que en otros lugares puede parecer todavía audaz, injustificada o lenguaje piadoso poco científico. Y es que la hermenéutica no sólo consiste en buscar horizontes comunes de comprensión cultural entre presente y pasado, sino, ante todo, horizontes comunes de realidad. Esa común realidad aparece con claridad en América Latina. Y de esa forma, además, la teologización que se hace del pueblo crucificado a partir del siervo de Yahvé no sólo incluye un aspecto de víctima —comprensible hasta cierto punto desde otros lugares—, sino también su aspecto históricamente

salvífico –soteriología histórica, como insistía Ignacio Ellacuría–, lo cual es todavía más ajeno a las teologías de otras latitudes y difícil de imaginar siquiera si no se ve su realidad.

Para captar lo adecuado de esta teologización, sin embargo, no hace falta más que leer los cantos del siervo de Yahvé, con el texto en una mano y los ojos puestos en los pueblos crucificados. Hagámoslo en forma más bien de meditación.

¿Qué es lo que dicen los cantos sobre el siervo? Ante todo que es «hombre de dolores, acostumbrado al sufrimiento»; y ésa es la condición normal del pueblo crucificado: hambre, enfermedad, tugurios, frustración por falta de educación, de salud, de empleo... Y si sus penalidades no tienen cuenta en tiempos de normalidad, «de paz» como dicen, se acrecientan cuando, como el siervo, se deciden a «instaurar la justicia y el derecho». Entonces contra ellos recae la represión y el veredicto «reo es de muerte». Y entonces ocurren las matanzas del Sumpul o El Mozote, en El Salvador, o de Huehuetenango en Guatemala y tantas otras, y se parecen todavía más al siervo, «sin figura, sin belleza, sin rostro atrayente». Y a la fealdad de la pobreza cotidiana se añade la de la sangre desfigurante, el espanto de las torturas, de las mutilaciones... Y entonces, como el siervo, producen asco: «muchos se espantaron de él, porque, desfigurado, no parecía hombre ni tenía aspecto humano». Y ante ellos «se ocultan los rostros» porque da asco verlos, pero también para que no enturbien la falsa felicidad de quienes han producido al siervo, para que no desenmascaren la verdad de lo que se esconde en los eufemismos que inventamos a diario para descubrirlos.

Como el siervo, también el pueblo crucificado es «desestimado de los hombres»; todo le han quitado, hasta la dignidad. Y, realmente, ¿qué puede aprender y recibir el mundo de ellos?, ¿qué le ofrecen para su progreso, a no ser sus materias primas, sus playas y volcanes, el folklore de sus pueblos para el turismo? No se les estima, sinó que se les desprecia. Y el desprecio se consume cuando la ideología toma tintes religiosos para condenarlos en nombre de Dios. Del siervo se dice que «lo estimamos herido de Dios, contado entre los pecadores». Y de estos pueblos ¿qué se dice? Mientras sufren en paciencia, se les reconoce cierta bondad, sencillez, religiosidad sobre todo, poco ilustrada, supersticiosa, pero religiosidad al fin que sorprende a los ilustrados y secularizados de otros mundos. Pero cuando se deciden a vivir y a invocar al Dios que los defiende y los libera, entonces ni siquiera se les reconoce como gentes de Dios, y se entona la conocida letanía: son subversivos, terroristas, criminales, ateos, marxistas y comunistas. Y despreciados y asesinados en vida, son también despreciados en muerte. Del siervo se dice que «le dieron sepultura con los malvados, una tumba con los malhechores». Este es también el epitafio del pueblo crucificado. Y a veces ni eso tiene, pues si la antigua piedad a nadie negaba una tumba, ahora el pueblo crucificado a veces ni eso tiene. Es la práctica de los desaparecidos, de cadáveres botados en basureros, de cementerios clandestinos.

Del siervo se dice que «se humillaba y no abría la boca», que murió en total mansedumbre. Hoy no todos los crucificados mueren así. Monseñor Romero pudo hablar en vida, y su muerte sacudió muchas conciencias. También lo son la muerte de sacerdotes y religiosas, recientemente la de Ignacio Ellacuría y la de los otros cinco jesuitas de la UCA. Pero ¿quién conoce a los 70.000 asesinados en El Salvador y a los 80.000 en Guatemala? ¿Qué palabra pronuncian los niños de Etiopía, los 300 millones en la India bajo la línea de la pobreza crítica? Miles y millones son y no pronuncian palabra. No se conoce ni cómo viven ni cómo mueren. No se saben sus nombres –Julia Elba y Celina son conocidas porque fueron asesinadas con los jesuitas–. Y ni siquiera se sabe su número.

Por último, del siervo se dice que «se lo llevaron sin defensa, sin justicia», en total impotencia ante la arbitrariedad y la injusticia. De nuevo, hoy no se aplica esto con exactitud al pueblo crucificado. Muchos luchan por su vida y no falta algún profeta que los defienda. Pero la represión contra su lucha es brutal, y a los profetas se les intenta desacreditar primero y

cooptarlos después para una sociedad, civil y eclesiástica, que los presenta como muestra de libertad y democracia –con riesgos bien calculados–, hasta que son verdaderamente peligrosos. Entonces también se les mata. ¿Hay un verdadero tribunal que defienda la causa de los pobres, que los oiga al menos y, sobre todo, que les haga caso, que les haga justicia? Ni en vida se les oye con seriedad, ni en muerte se investigan sus asesinatos.

Los pueblos crucificados son hoy este siervo sufriente de Yahvé. Pero se quiere ocultarlos, porque como el siervo, son inocentes: «no hubo engaño en su boca ni había cometido crímenes». Si él no es merecedor de tal castigo entonces es que otros se lo hemos infligido injustamente, es producto de nuestras manos. «Él cargó con el pecado de muchos y con sus crímenes fue traspasado por nuestras rebeliones, triturado por nuestros crímenes». Entonces el siervo no sólo proclama la verdad del pueblo crucificado, sino también la verdad sobre sus verdugos. En los pueblos crucificados podemos y debemos mirarnos todos hoy para conocer nuestra más profunda realidad. Como en su espejo invertido, podemos ver lo que somos por lo que producimos.

Y esto hay que tenerlo muy en cuenta en 1992. No sólo eso habrá que tener presente, y así unos recordarán los avances científicos y democráticos que ha traído el mundo occidental, y la Iglesia recordará la evangelización. Otros añadirán que las cosas no son tan simples, que no toda la crucifixión hay que achacarla a los de fuera. Pero, a la hora de la verdad, si no se acepta hondamente la verdad de los pueblos crucificados y la responsabilidad fundamental de los sucesivos imperios en su crucifixión, se pasará por alto el hecho mayor. Y éste es que en este mundo sigue habiendo grandísimo pecado; pecado es lo que dio muerte al siervo –al Hijo de Dios– y pecado es lo que sigue dando muerte a los hijos de Dios. Y que ese pecado lo infligen unos a otros. En castizo lenguaje castellano –no sabemos si traducible a otros idiomas– Ellacuría resumía así lo que los sucesivos imperios han hecho con el continente latinoamericano: «le han dejado como a un Cristo».

3. La salvación que traen los pueblos crucificados

La teologización anterior es fundamental, y de alguna forma suele ser también recogida en otras teologías, sobre todo como expresión del problema actual de la teodicea: «cómo hacer teología después de Auschwitz». En América Latina, sin embargo, se añade una segunda perspectiva que es la más específica de la teología de la liberación: a los pueblos crucificados hay que bajarlos de la cruz. Es la exigencia de una antropodicea para que los seres humanos queden justificados. Y eso sólo se hace bajando de sus cruces a los pueblos crucificados.

Esto está en el meollo de la teología de la liberación y no vamos a insistir en ello. En lo que sí queremos insistir ahora es en que el mismo pueblo crucificado trae salvación. Más aún, en que el elegido por Dios para traer salvación es el siervo; lo cual acrecienta el escándalo. Y creemos, sinceramente, que la teología no sabe qué hacer con esta central información, a no ser buscar en la «explación vicaria» del siervo un modelo teórico de comprensión de la redención de Cristo en la cruz, sin que ese modelo ilumine intrínsecamente qué de salvación trae la cruz y, mucho menos, qué de salvación histórica trae hoy la cruz. Sin embargo, sin mantener la salvación que trae el siervo habría que borrar algo central en la fe. Analizar qué de salvación y de salvación histórica trae el siervo es lo que ha intentado hacer la teología de la liberación. Y, con gran rigor y vigor, lo hizo Ellacuría en su escrito *El pueblo crucificado*, al que puso de subtítulo «un ensayo de soteriología histórica». Lo que hay que añadir es que, como en el caso del sufrimiento del pueblo crucificado, captar la salvación que trae no es sólo ni principalmente cosa de especulación o de interpretación de textos. Es cosa de captar la realidad.

4. La luz que traen los pueblos crucificados

Del siervo dice Dios que lo pondrá como «luz de las naciones» (Is.42,6; 49,6). Y, hoy ante todo, para que las naciones sepan lo que en verdad son. Y no es éste pequeño beneficio. Aprisionar la verdad con la injusticia es la pecaminosidad fundante de la persona y también de las noticias. Y de ello se derivan muchos males, entre otros, el entenebrecimiento del corazón.

Una luz que por su potencia tenga la fuerza de desenmascarar la mentira es muy beneficiosa y muy necesaria. Y ésta es la luz que ofrece el pueblo crucificado. Si ante él el primer mundo no ve su propia verdad, no sabremos qué podrá conseguirlo.

Ellacuría lo expresaba gráficamente de varias formas. Con fuerza decía usando la metáfora de la medicina, que para saber cómo está la salud del primer mundo hay que hacer un «coproanálisis», es decir un examen de heces. Pues bien, la realidad de pueblos crucificados es lo que aparece en ese análisis. Y desde su realidad se conoce la de quienes lo producen.

Decía también que el tercer mundo ofrece una gran ventaja sobre el primer mundo para tener luz sobre hacia dónde hay que ir. «Desde mi punto de vista –y eso puede ser algo profético y paradójico a la vez– Estados Unidos está mucho peor que América Latina. Porque Estados Unidos tiene solución, pero, en mi opinión, es una mala solución, tanto para ellos como para el mundo en general. En cambio en América Latina no hay soluciones, sólo hay problemas, pero por más doloroso que sea, es mejor tener problemas que tener una mala solución para el futuro de la historia». La solución que hoy ofrece el primer mundo es mala, fácticamente porque es irreal, porque no es universalizable. Y es malo éticamente porque es deshumanizante para todos, para ellos y para el tercer mundo.

Decía, por último que el tercer mundo ofrece luz para lo que históricamente debe ser hoy utopía. La utopía, en el mundo de hoy, no puede ser otra cosa que «la civilización de la pobreza», el compartir todos austeramente los recursos de la tierra para que almacenen a todos. Y en ese «compartir» se logra lo que no ofrece el primer mundo: fraternidad y, con ella, el sentido de la vida. Y el camino para llegar a esa utopía lo propuso como la civilización del trabajo versus la actual civilización del capital en todas sus formas capitalistas y socialistas.

Esta es la luz que ofrecen los pueblos crucificados. Si se la deja brillar, 1992 será un año muy beneficioso. Indudablemente producirá sacudida y pavor, pero la luz también disipará las tinieblas y sanará. En lugar del «descubrimiento de América» se verá el «encubrimiento» que se ha hecho de ella, y que lo que 1492 descubrió es ante todo la verdad del entonces imperio español y portugués y de la entonces Iglesia católica. Trágico descubrimiento, pero fructífero. Producirá también la luz de la utopía: que el verdadero progreso no puede consistir en el que ahora se ofrece, sino en el bajar de la cruz a los pueblos crucificados y compartir con todos los recursos y bienes de todos.

5. La salvación que traen los pueblos crucificados

Pero, además, los pueblos crucificados ofrecen positiva salvación. Que esto sea escandaloso es obvio, pero sin aceptarlo en principio en vano será repetir que en el siervo hay salvación, que Cristo crucificado ha cargado sobre sí y ha quitado el pecado del mundo. Lo que hay que hacer es verificar esa salvación históricamente.

Ante todo, los pueblos crucificados ofrecen valores que no se ofrecen en otras partes. Se podrá discutir si generan esos valores porque ya no les queda otra cosa a la que agarrarse y que desaparecerán cuando desaparezcan sus actuales circunstancias económico-sociales y sean devorados por el mundo occidental capitalista y su «civilización». Pero ahí están ahora y los ofrecen a todos (y quienes trabajan por bajarlos de la cruz trabajan también para que estos valores no desaparezcan).

Puebla lo dijo con palabras escalofrantes, muy poco tenidas en cuenta por países e Iglesias occidentales: los pobres nos ofrecen un potencial evangelizador, y detalla este potencial

como «los valores evangélicos de solidaridad, servicio, sencillez y disponibilidad para acoger el don de Dios» (n. 1147). En lenguaje histórico, los pobres tienen un potencial humanizador porque ofrecen comunidad contra el individualismo, servicialidad contra el egoísmo, sencillez contra la opulencia y apertura a la trascendencia contra el romo positivismo, de todo lo cual está imbuida la civilización del mundo occidental. Es verdad, por supuesto, que no todos los pobres ofrecen esto, pero es también verdad que ellos lo ofrecen y, estructuralmente hablando, de forma que no lo ofrece el primer mundo.

Los pueblos crucificados ofrecen también esperanza, insensata o absurda podrá decirse, porque es lo único que les queda, argüirán otros. Pero, de nuevo, ahí está y no hay que trivizarla desde otros mundos. Que es esperanza contra esperanza es obvio, pero es también esperanza activa que se ha mostrado en trabajo y luchas de liberación. Qué éxito tengan éstas es otra cosa, y el mundo occidental parece salir triunfante y parece sofocarlas todas. Pero no debería cantar esto como triunfo, sino llorarlo como fracaso, pues está aplastando la esperanza de los pobres y privándose así de su potencial humanizador. En cualquier caso, el hecho mismo de que surja y resurja la esperanza en la historia muestra que hay en ella una corriente esperanzada que se ofrece a todos. Y esa corriente esperanzada está protagonizada por los pueblos crucificados.

Los pueblos crucificados ofrecen un gran amor. No es masoquismo, ni incitación al suicidio, ni querer hacer de la necesidad virtud, sino que es simplemente verdad que los innumerables mártires de América Latina muestran que el amor es posible porque muchos lo han mostrado. Y en un mundo estructuralmente egoísta, basado sobre el egoísmo y que hace gala de ello –no con estas palabras, por supuesto– ese amor es una gran oferta de humanización.

Los pueblos crucificados están abiertos al perdón de sus opresores. No quieren triunfar sobre ellos, sino compartir con ellos. A quienes se acercan a ayudarlos, les abren los brazos, les aceptan y, así, aún sin saberlo ellos, les perdonan. Y de esa manera introducen en el mundo occidental esa realidad humanizadora y tan ausente que es la gratuidad, el llegar a ser no sólo por lo que uno logra sino por lo que a uno se le concede inesperada, inmerecida y gratuitamente.

Los pueblos crucificados han generado solidaridad, un modo de llevarse mutuamente seres humanos y creyentes, allí y aquí, abiertos los unos a los otros, dando lo mejor unos a otros y recibiendo lo mejor unos de otros. Esta solidaridad es pequeña cuantitativamente hablando, es sólo de grupos eclesiales y humanos. Pero hay que recalcar que ahora es real y que antes no existía, y que ofrece en pequeña escala un modelo de cómo poder relacionarse humana y cristianamente pueblos e Iglesias.

Los pueblos crucificados ofrecen, por último, una fe, un modo de ser Iglesia y una santidad más verdaderas y más cristianas, más relevantes para el mundo actual y más recobradoras de Jesús. De nuevo, esto ocurre más a la manera de semilla que de árbol frondoso, pero ahí están. Y no se ve qué otra fe, qué otra forma de ser Iglesia y qué otra santidad humanizan mejor a la humanidad hoy y la llevan mejor a Dios.

Es paradójico, pero es verdad. Los pueblos crucificados ofrecen luz y salvación. Ambas cosas pueden ponerse a producir en 1992 por quienes se declaran sus descubridores, aunque más bien hayan sido encubridores. No recibirlas sería desagradecimiento y sería insensatez, y sería la forma más radical de trastocar las «celebraciones» de 1992. Recibirlas y hacer de ese don nuevo acicate para bajarlos de la cruz será la mejor –y la única– celebración correcta. Agraciado y liberado por los pueblos crucificados, el primer mundo se podrá tornar en gracia y liberación para ellos. Y entonces sí habrá algo, habrá que «celebrar»: la solidaridad de los seres humanos, el llevarse mutuamente, la fraternidad universal.

Quiero terminar con las palabras con que Ignacio Ellacuría –nada dado a idealismos ahistóricos y nada dado a puras afirmaciones trascendentes que no sean historizables– concluía sus reflexiones sobre 1992. «Yo quisiera ratificar lo siguiente. Toda esta sangre martirial derramada en El Salvador y en toda América Latina, lejos de mover al desánimo y a la

desesperanza, infunden nuevo espíritu de lucha y nueva esperanza en nuestro pueblo. En este sentido, si no somos un 'nuevo mundo' ni 'un nuevo continente', sí somos claramente y de una manera verificable –y no precisamente por la gente de fuera– un continente de esperanza, lo cual es un síntoma sumamente interesante de una futura novedad frente a otros continentes que no tienen esperanza y que lo único que realmente tienen es miedo».

© *Cristianisme i Justícia* - Roger de Llúria 13, 08010 Barcelona
Telf: 93 317 23 38 - Fax: 93 317 10 94
espinal@redestb.es - www.fespinal.com